**El mundo-abuso de Carlos Eduardo**

Marcus Góes

Hacía ya algún tiempo que le había prometido esas películas. Eran películas que me veníandurante nuestras sesiones. Me imaginaba que a Carlos Eduardo le gustaría verlas. Desde que me había contado, con mucha tristeza, que siempre fuera excluido por su familia de las actividades de ocio, como pasear por un parque, imaginé compartir con él algunas diversiones que conocía. En este caso, era una diversión que se relacionaba con un contenido presente en mucho de lo que él me traía, eran películas con tramas fuertes de venganza. Me molestaba que yo pudiera disfrutarlas y él no. Una restricción con muchos orígenes, incluso con la historia de Brasil: Carlos Eduardo es negro y pobre. Todos tenemos derecho a los parques y también a la catarsis que promueve el cine. Bastaba que pasara por un vendedor ambulante, las comprara y se las entregara. Un poco de justicia social e ilegal en la mano. Sin embargo, por algún tiempo lo dudé. No sé si por un pudor clínico conservador, o una prudencia clínica importante.

Cabe mencionar que además de negro y pobre, Carlos Eduardo es hermafrodita. La exclusión determinada por la dinámica perversa en la que una sociedad subyugó otra, haciéndola trabajar bajo tortura en un continente lejano que poblaba otras sociedades que también fueron subyugadas, se sumó a la exclusión que un grupo familiar perpetró ante la rareza de uno de sus veinticinco hijos, el menor. Nacido entre dos sexos, uno entre de dificilísima asimilación, su indeterminación genital desarma una binariedad biológica, concreta y predominante, soporte tan poderoso y restrictivo para nuestra imaginación. Además de explotado, lugar destinado a la población negra, también le restó el lugar del raro, el monstruo a esconder. Llevar a Carlos Eduardo a pasear al parque, era mostrar el gusano al mundo y los gusanos no pasean. Sin embargo, Carlos Eduardo era para mí un señor bajito, gentil, cuidadoso y muy simpático. Compartir con él la fuerza del cine me pareció un potente gesto clínico, un compartir entre humanos, la posibilidad de ofrecerle nuevas y otras marcas.

Curiosamente al comprar aquellas películas, tuve el impulso de incluir otra más, una de ficción científica. Sin que tuviera una conexión clara con los contenidos que Carlos Eduardo me traía, aposté en el efecto que puede resultar justamente de lo que no nos está claro. Asimismo, fue curioso que fue ésta la primera que vio. Me contó cómo lo impactó una escena en la que un personaje, después de un accidente durante un viaje espacial, queda capturado en un espacio multidimensional. Desde ese espacio logra ver a su hija pequeña, a la que no veía desde hacía años y a quien después de haber dejado la Tierra, no esperaba ver nuevamente. Trata de hablar con ella, pero su voz no la alcanza. Con mucho esfuerzo encuentra una manera de comunicarse y vencer lo que parecía ser una intransponibilidad. Su hija percibe la comunicación pero sin saber que se trata de su padre. Carlos Eduardo dijo que se sentía así, dentro de una especie de espacio, próximo físicamente de las personas pero sin posibilidad de comunicarse con ellas.

Esta escena de la película le vino en una sesión cuando me contaba situaciones por las que había pasado a lo largo de aquél mismo día y que paulatinamente le extrajeron la rara tranquilidad con la que se había despertado. Para quien se orinaba en la cama hasta los 50 años, atormentado por sueños terribles, despertar tranquilo era una bendición. Estas situaciones involucraban a un sobrino, ya adulto, que vivía en su casa desde hacía meses sin realizar ninguna contribución para los gastos, ni en las tareas de la casa. Carlos Eduardo se irritaba con la dejadez, la falta de educación y, más aún, se sentía explotado, abusado y obligado a eso. Las charlas que tuviera con su sobrino se mostraron inocuas y no veía otra salida que no fuera expulsarlo. Pero, perseguido por la culpa al imaginarlo en la calle, sin tener adónde ir y sin poder cuidarse, deseaba intensamente que se diera cuenta del mal que le hacía y que, entonces, no lo hiciera más. No era la primera vez que Carlos Eduardo me traía este tipo de angustia en sus relaciones y como de costumbre, sus intentos de comunicación en busca de algún cambio eran demasiado entrópicas, completamente ineficientes. Indignado y agotado solamente veía distanciamientos más definitivos. No por gusto a la soledad; esta lo hacía sufrir mucho. Sino, por no creer más en la posibilidad de encuentros que no lo hicieran sentirse abusado y con mucha excitación. Claramente, allí había un patrón bastante complejo.

En este impulso por interrumpir sus relaciones, existían también las ganas de vengarse y de hacer justicia. Eran deseos que surgían con mayor claridad cuando no estaba directamente involucrado en la situación y su vínculo con el opresor era más distante. Extremadamente sensible, fácilmente, era tomado por una intensa empatía con aquellos que, ante sus ojos, se encontraban acorralados, rehenes y obligados a hacer algo que no querían. Me contaba cómo le gustaría torturar y matar a esos abusadores, como al marido de su hermana, que la maltrataba y le era infiel, y matar también al hijo drogado de un vecino que desde hacía años, había convertido la vida de todos los de su casa, en un terror. Decía también, que no se conformaba con la dedicación de tantas madres a los hijos que se encontraban presos; después de todo lo que esos hijos habían hecho, no merecían todo ese sacrificio, sino morir. Una noticia del periódico como la de un diputado que había desviado y robado dinero público destinado a la merienda escolar, o un capítulo de novela que retratara una violación también lo hacían imaginar con vehemencia, las maneras de escarmentar al verdugo, elucubraciones que le eran extremamente sufridas y placenteras.

Su sensibilidad para las situaciones de abuso se confundía con una constante desconfianza con relación al mundo y a todos. Todos eran potenciales abusadores, raramente se sentía seguro. Carlos Eduardo se encontraba en este otro espacio, otra dimensión, traumatizada, en la que fácilmente se tornaba rehén del deseo de los otros, empujándolos a esa posición dominadora y, entonces, se sometía, sufría y se callaba. Así su cuerpo fue erotizado y su presencia fue moldada. Su dolor pedía que la determinación de este molde fuera enfrentada. ¿Cómo interrumpir una relación de abuso y explotación en la cual se está involucrado al mismo tiempo contra y a favor? ¿Cómo disminuir la fuerza de una dinámica libidinal tan antigua y con tanto poder de contaminación?

La escena era siempre la misma, el abuso. Fueron muchas sesiones en las que trajo relatos como este. En general, eran antecedidos por las terribles y aparentemente inexplicables secuencias de somatizaciones, que por libre asociación, encontraban el hecho reciente que entonces alcanzaba al antiguo, abriendo el baúl de memorias atroces. Muy evitadas y poco claras, Carlos Eduardo no sabía con seguridad si se referían a hechos que habían ocurrido realmente o si se los había imaginado. La perplejidad ante la barbarie y la excitación que lo acompañaba, lo dejaban muy confuso. Sufría y resistía. De a poco, me contaba lo que veía y preguntaba: *¿Será que eso fue verdad?* Y después se avergonzaba. En la condición de gusano, raro, deformado, medio niña, medio niño, esos recuerdos eran también la memoria de alguna inclusión, momentos en los que había recibido cariño y sintiera mucho placer. Hasta que vinieron los dolores, los miedos y la sensación de que algo no estaba bien, no obstante, aún sin fuerza para protegerse.

La barbarie sexual impregnaba la cotidianidad en su casa y en varias otras relaciones en que los cuerpos de los veinticinco hijos fueron siendo involucrados, ofrecidos y vendidos. Los mayores crecían y, entonces pasaban a protagonizar lo mismo con los menores. La violencia física y sexual ganaba combustible con el alcohol y otras drogas que surgieron en el transcurrir de los años y donde algunos de sus hermanos se perdieron o encontraron un refugio, también terrible. Consolidándose en diversos vectores, esta promiscuidad voraz generó, entre otros males, una indeterminación que hoy aflige a Carlos Eduardo: la duda de quién es su madre. Una sospecha que ronda la relación con una de sus hermanas mayores, quien siempre le fue más hostil y que ideó el cruel apodo en casa, el gusano. Recientemente, ella murió, sin que Carlos Eduardo hubiera encontrado en sí mismo, la convicción para formularle la pregunta.

Su madre, la madre que siempre tuvo por madre y que era la madre de sus hermanos, siempre fue cuidadosa y cariñosa. Pero un cuidado incapaz de protegerlo. Le traía bolsas de agua caliente para aliviarle los dolores tras los abusos, lo que hoy coloca una incómoda impresión de complicidad con el terror, tal vez una complicidad medio forzada: más de una vez Carlos Eduardo fue testigo de las palizas que su padre le propinaba.

El padre, además de centro propulsor de todo este engranaje, era también una figura querida en su barrio, trabajador y emprendedor. El bar y el puesto de frutas le trajeron una cierta prosperidad. Los antiguos vecinos de Carlos Eduardo ni se imaginan el dolor que le causan cuando notan y con alegría le dicen lo tanto que se parece a ese padre. Ante una inevitable herencia física y una comunidad que no fue capaz de percibir o que respaldaba el terror en su familia, ese era un dolor que mezclaba rabia e impotencia.

A los 13 años, Carlos Eduardo amenazó a su padre con un cuchillo, para impedir que una hermana, después de ser injustamente acusada, fuera golpeada, como era la costumbre. Desde entonces, su padre no lo volvió a vejar. Mejor que una justicia que se realiza después, ese era un recuerdo de su propia fuerza y de la posibilidad de que lo protegiera. Me imagino que de algún modo, esa fuerza lo acompañó y le permitió atravesar su difícil adolescencia. Hasta entonces, incluso sintiéndose un niño, vivía la identidad de una niña que ahora empezaba a tener una curiosa barba, más gruesa aún que la de otros niños. Sufrió profundamente con la falta de respeto de quien sólo lo veía como anómalo, pero también pudo aprovechar los encuentros en que se lo veía como persona. Carlos Eduardo me cuenta con mucho cariño sobre una profesora que siempre lo amparó y de una médica muy querida, la primera de una cuidadosa red de profesionales de la salud vinculados a los problemas resultantes de la formación de los órganos sexuales. A los 19 años ya se asumía y se presentaba con el nombre de Carlos Eduardo, edad en la que empezó a trabajar como portero en un edificio de clase media. Poco tiempo después se casó con una mujer y adoptó dos bebés gemelas.

Sin embargo, la fuerza para realizar sus proyectos no impidió que viviera continuamente atormentado por la sensación de ser abusado. Carlos Eduardo llega a mi consultorio cuando sus hijas tenían 16 años y destruido por un casamiento infeliz. Trabajaba en dos empleos y realizaba todas las tareas domésticas. Carlos Eduardo estaba siempre agotado e indignado con su mujer que no contribuía en nada. A esto se sumó una fuerte sospecha de que regularmente le era infiel. Era difícil verlo en esa posición. Decía que no encontraba coraje para separarse. Sospechaba que cruelmente su mujer expusiera su condición de hermafrodita a los vecinos del barrio. Era su rehén, y esa era la primera escena de abuso que me traía. Su compromiso, su participación en la manutención de esta situación, sólo me quedó clara tiempos después. El desmenuzamiento de este complejo enroscamiento era un desafío que Carlos Eduardo traía en su historia, que precisaría adquirir más conciencia y que, seguramente demandaría trabajo.

Tal vez por eso, su entusiasmo al fabular justiciaen las otras situaciones que testimoniaba me pareció una pista de dónde podría buscar la fuerza para protegerse, de aquello que le fue en exceso muy temprano y durante mucho tiempo. En sus fervorosos y violentos devaneos, se experimentaba en una imagen afirmativa, haciendo un tipo de broma con las historias ajenas en que reconocía el abuso en curso, lo interrumpía e implacablemente escarmentaba al verdugo. De este modo, vislumbraba su propia dignidad, se sentía como alguien y no un gusano, aunque profundamente lastimado. Por eso, también intuí que las películas sobre venganza podrían ayudar. Mostraban que otros también sufrían lo que él sufría, en diferentes tramas y narrativas, con diferentes desenlaces y en el caso de mi curaduría, con algún humor. Funcionó. Fueron sus cuentos para dormir.Su anhelo por justica tal vez no precisara necesariamente realizarse, eran un pedido de reconocimiento para realizar en otra dimensión, donde sus ya fallecidos padre y madre y 21 de sus hermanos, seguían vivos.

Así, el espacio de su análisis, nuestra relación, no escapó de la escena de abuso y fue un campo importante donde Carlos Eduardo pudo experimentar las mismas y otras posturas ante el drama. Para él, estar conmigo dentro de un recinto cerrado era perturbador. Convivía con la inminencia de que lo acosara, lo forzara a una relación sexual y también con el deseo de que esto ocurriera. Para él, sería un alivio si nos encontráramos en un ambiente más público que un consultorio de análisis. A partir de un determinado momento, me empezó a preguntar si no podríamos salir a almorzar. En el medio de otras personas, se sentía más protegido. El setting tradicional seguramente era más tradicional para mí. Para Carlos Eduardo, era más un recinto en el que se sentía preso. Durante los primeros años, de esta forma fueron nuestras charlas, parecían estar trabadas, amarradas a una opresión difícil. Entonces, en este otro setting, con la comida puesta entre nosotros, una tensión pareció disolverse, permitiendo una distención nueva para nuestro encuentro. Menos amenazado, Carlos Eduardo pudo hablar más y mostró aprecio por tener su dignidad reconocida. Almorzar era también pasear, el derecho que tanto le fue negado.

Pero este tipo de amor en la transferencia que tanto lo perturbaba, solamente me fue revelado tiempos después, cuando nuestros encuentros ya se habían transformado en almuerzos. El setting restaurante no fue suficiente para impedir sus fantasías eróticas. De algún modo, allí se abría el setting amistad, fuerte y amenazadora. Atormentado por estos deseos y después también por su revelación, el análisis corrió el riesgo de inviabilizase. Compungido y avergonzado, creyó realmente que yo no lo aceptaría más como paciente y que lo consideraba un degenerado. Llegó al punto de pedirme que interrumpiera el trabajo. Un pedido difícil. La interrupción que anhelaba era otra y dependía de la continuidad de este mismo trabajo.

El restablecimiento del setting de análisis atravesó la delicada tarea de rechazar su propuesta amorosa. Allí había una repetición afectiva a la cual me empujaba, él construía la escena de abuso. Por otro lado, pese a sus tormentas, Carlos Eduardo vivía conmigo una experiencia de cuidado y respeto. Era posible que también estuviera atraído por la fabulación de una relación no abusiva, un movimiento en la escena. De todos modos, era por tener esas fantasías y la vergüenza que sentía, o por no poder realizarlas, en cualquiercaso sufría sentimientos de rechazo, humillación y exclusión y se sorprendía con mi insistencia que continuara viniendo a las sesiones. Ciclos como estos se repitieron varias veces.

El pago delas sesiones también fue atravesado por esta dinámica. Sabiendo de sus limitaciones financieras, me dispuse a atenderlo por un valor que le fuera posible, un valor bastante inferior al que aplicaba normalmente. Esta situación me distrajo de la importancia de cobrarle y por mucho tiempo estuve poco atento a eso, lo que fue interpretado por él como una invitación. ¿Cuál sería mi interés si no estaba siendo remunerado? Entonces, un nuevo ciclo de fantasías eróticas se disparaba, atormentándolo intensamente, solicitando una vez más el trabajo de rechazar su propuesta y reafirmar mi disponibilidad como su analista.

También hubo un período en que su situación financiera se deterioró. Ya más precavido con la importancia del pago como posibilidad de algún contorno más seguro para nuestra relación, buscamos otras formas de remuneración. Conociendo su habilidad como cocinero, le sugerí que me pagara con comidas congeladas. Entonces Carlos Eduardo comenzó a calcular y prepararse para producir todas mis comidas a lo largo de un mes. Al percibir su movimiento, le respondí impulsivamente que no lo hiciera. Fueron algunas semanas más en las que se ausentó de nuestros encuentros, lastimado por mi modo explosivo y por el rechazo que sintiera. Mi propuesta le abriera el deseo de participar de mi vida personal cuidando de toda mi alimentación. Sorprendido, me sentí invadido y grité. Nuevamente se siguió el trabajo de sustentación del espacio de análisis, que revelaba la atracción de Carlos Eduardo por el abuso que sería el exceso de trabajo para pagarme las sesiones y reafirmando mi disponibilidad para ser su analista, a través de un intercambio que a los dos nos pareciera justo.

Un intercambio justo se colocó como una importante referencia en nuestras charlas, allí había una llave de análisis para la trampa del abuso. En sus encuentros, en las relaciones que hacía, se movía bien para dar, pero no para recibir, hasta que este desequilibrio lo hiciera sentirse usurpado y se transformara en una intensa perturbación. ¡Cómo le era difícil colocarse en las relaciones a partir de sus necesidades y sin responsabilizarse por suplir todo lo que el otro quisiera! Tardó mucho para que Carlos Eduardo les dijera a sus hijas que quería que lo ayudaran en los almuerzos de domingo en su casa. Tardó para que lograra vislumbrar una manera de hacerlo que no fuera un cuchillo en mano o una ruptura, como había hecho con su padre a los 13 años.

**Epílogo**

Con los riesgos y las potencias que involucraban los cambios en el setting de nuestros encuentros, cierta vez le sugerí que fuéramos a una exposición en el Museo de Arte de São Paulo, el MASP (Museo de Arte São Paulo). Ingenuamente, aquello me pareció solo una invitación para que conociera este museo que no conocía y ver la exposición de un artista, que en la década de 1970, fotografió el Pelourinho, en Salvador, Estado de Bahía.

“¿Pero, por qué me has llevado allá?” La pregunta me pesaba como culpa, era mi imprudencia clínica en actuación. Sin embargo, la fuerza de aquello que no nos es claro y pasa desapercibido tuvo una función. Lo había invitado para un paseo al infierno, a su infierno, una inmersión en lo que fue un día, y tal vez nunca deje de ser, la ciudad de los esclavos; la herida de un tiempo en que se torturó y explotó permisivamente seguía bastante abierta en aquellas fotos en que Carlos Eduardo tanto reconoció su infancia, los peores años de su vida. Había mucho allí, había demasiado: cuarto oscuro, sucio, prostitución, niños, cotidianos, cloacas y olores horribles. “¿Cómo alguien puede pensar que esto es arte?” En el medio al dolor que embargó a Carlos Eduardo ese día, y que en alguna medida también sentí, respondí que algunos artistas se dedican a una cierta función memorial, una función que puede evitar las repeticiones del terror.

Como si yo ya no lo supiera, la asociación de la historia de Carlos Eduardo con la historia de la esclavitud en Brasil, se realizó con una claridad asombrosa. En aquel momento, la función memorial del arte se cumplió en mí, y pude percibir al padre de Carlos Eduardo también como víctima. Fue dura también la percepción de mi ascendencia portuguesa en toda esta historia. De cierto modo, este evento funcionó como más una oportunidad para hacer mucho de lo que hicimos en este análisis, abrir el baúl de memorias atroces, en el caso, también memorias que Carlos Eduardo traía por la transmisión de las generaciones que lo antecedieron. Y como ya habíamos hecho otras veces, lidiamos con lo que vino.

A lo largo de estos 11 años de un análisis que sigue aún, Carlos Eduardo logró separarse de su primera mujer y hoy está en el segundo amorío. Vivió y vive un difícil proceso para encontrar una manera de ser el padre de sus hijas sin estar completamente tomado por la incumbencia de atender las necesidades de ellas. Constituyó un grupo de amigos en un bar cerca de su casa, con quienes juega a las cartas, bebe y se divierte, a veces se siente abusado, actúa, se aleja y reconstruye la relación. Hasta ahora, pasó por 4 cirugías plásticas que le dieron órganos genitales masculinos, o lo más próximo de esto, un cuidado consigo mismo que lo ayudó a sintonizar su cuerpo con su identidad y que le trajo un gran alivio.

**Referências Bibliográficas**

ABRAHAM, N; TOROK, M. (1987) “Luto ou Melancolia: incorporação-introjeção” in: A Casca e o Núcleo, ed. Escuta, São Paulo, 1995.

BOLLAS, C. (2003) “O desejo borderline.” In: Revista Percurso, Local, n. 30, p. 5-12, 2003.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_ “O Objeto Transformacional” in: A Escola Britânica de Psicanálise, p.63 à 75, ed Artes Medicas, Porto Alegre (1994)

FERENCZI, S. (1933) “Confusão de língua entre os adultos e a criança”, in: Ferenczi, (1992) Obras Completas Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes, 1992, pp.97-108

FREUD, S. (1912a) “A dinâmica da transferência”, in: Freud, (1987) Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas, vol. XII. Rio de Janeiro: Imago, 1987 - 2a edição, p. 131 a 143.

\_\_\_\_\_\_\_\_(1912b) “Observações sobre o amor transferencial” - in: Freud, (1987) Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas, vol. XII. Rio de Janeiro: Imago, 1987 - 2a edição.

OGDEN, T. (1995) “Analisando formas de vitalidade e desvitalização da transferência-contratransferência”. In: Livro Anual de Psicanálise – tomo XI. São Paulo: ed. Escuta.

MCDOUGALL, J. (1982)“O Teatro Transicional e a Busca dos Personagens” – in: Teatros do Eu: Ilusão e Verdade no Palco Psicanalítico. Rio de Janeiro: Francisco Alves, 1992.

WINNICOTT, D.W. (1947a) “O Ódio na Contratransferência”. In: Winnicott, (1958) Da Pediatria à Psicanálise: obras escolhidas. Rio de Janeiro: Imago, 2000, pp.277-287.